

¿Qué es *la* iglesia?

R.C. Sproul

PREGUNTAS CRUCIALES



PREGUNTAS CRUCIALES

No. 17

¿Qué es *la* iglesia?

R. C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales

Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Qué es la iglesia?

Traducido del libro *What Is the Church?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org ReformationTrust.com
© Septiembre de 2015. Primera edición, cuarta impresión

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-417-8

CONTENIDO



La iglesia es una

En el capítulo 17 del Evangelio de Juan, Jesús hace la oración más extensa que se haya registrado para nosotros en el Nuevo Testamento. Es una oración de intercesión en la que oró por sus discípulos y por todos los que creerían por medio del testimonio de los discípulos. La oración se denomina la Oración Sumosacerdotal de Jesús. Uno de los temas centrales de esta oración es la petición de Cristo al Padre de que su pueblo pudiera ser uno. Fue una oración por la unidad cristiana. No obstante, aquí estamos, en el siglo XXI, y la iglesia probablemente esté más fragmentada que en cualquier otro momento de su historia. Hemos visto una crisis con la pregunta “¿qué es la iglesia a fin de cuentas?”.

Históricamente, a partir del antiguo concilio eclesiástico de Nicea, la iglesia ha sido definida con cuatro palabras clave. La iglesia es: 1) una, 2) santa, 3) católica, y 4) apostólica. A medida que estudiamos la naturaleza de la iglesia, quiero que veamos estas cuatro categorías descriptivas en tanto que

definen la naturaleza de la iglesia.

En primer lugar, la iglesia es una. ¿En serio? Si exploramos el paisaje del cristianismo actual, la última palabra que podríamos usar para describirlo sería *uno* o *unificado*.

¿Cómo debemos entender y responder a la oración de Cristo por la unidad de la iglesia, y a la antigua declaración de la iglesia de que ella es una? A través de la historia, ha habido distintas aproximaciones es este asunto. En el siglo XX, hubo lo que se ha denominado "el movimiento ecuménico". Este fue un intento, mediante el Concilio Mundial de Iglesias y otras organizaciones, de avanzar en dirección a una reformación de los grupos denominacionales escindidos para conformar un cuerpo eclesiástico centralizado. El gran objetivo del movimiento ecuménico era restaurar la unidad de la iglesia visible. Uno de los resultados que vimos de este empuje hacia la unidad fue un creciente número de fusiones entre denominaciones que antes estaban divididas. Lamentablemente, lo que suele ocurrir cuando dos iglesias o denominaciones se funden es que algunas personas no están de acuerdo con la fusión, y abandonan la recién formada organización para crear una nueva organización que concuerde con sus valores. En consecuencia, en su esfuerzo por tener menos iglesias mediante la unificación, estos movimientos simplemente crean más iglesias.

Además de esto, ha surgido otro problema. Es el problema del pluralismo. El pluralismo es una filosofía que permite que una amplia diversidad de puntos de vista y doctrinas coexistan dentro de una sola corporación. Debido a que al interior de algunas iglesias han surgido muchas disputas doctrinales, dichas iglesias han tratado de mantener la paz y la unidad, y al mismo tiempo albergar posturas divergentes en su interior. Es un intento de albergar puntos de vista en conflicto.

A medida que la iglesia se vuelve más pluralista, aumenta el número de

puntos de vista contradictorios que se toleran. Por su parte, la unidad organizacional y estructural se convierte en la preocupación central. Las personas se esfuerzan por mantener la iglesia visiblemente unida a toda costa. Sin embargo, siempre hay un precio que pagar, e históricamente el precio ha sido la pureza confesional de las iglesias.

Cuando comenzó el movimiento protestante en los siglos XVI y XVII, se crearon confesiones. Se trataba de declaraciones dogmáticas que exponían las doctrinas que adoptaban y confesaban estas iglesias en particular. En general, estos documentos confesionales condensan los principios centrales de lo que significa ser cristiano: cosas tales como una creencia en la Trinidad, en Cristo como una persona con dos naturalezas, y la resurrección corporal. Durante siglos, el protestantismo se definía por el cuerpo doctrinal que confesaba cada organización. Pero en nuestros días, parte del impacto del movimiento ecuménico ha sido la relativización de estas confesiones más antiguas. Además, en algunas iglesias se intenta expandir la base confesional en conformidad con el pluralismo a fin de alcanzar la unidad de la iglesia visible.

Si eres parte de una iglesia, ¿por qué perteneces a ella? Durante algún tiempo hasta ahora, he observado que las personas tienen una tendencia a rebotar de una denominación a otra. Tienden a ir donde les gusta el pastor, la predicación, la música, o un programa en particular. A menudo, la gente se siente cómoda yendo de denominación en denominación o de congregación en congregación. Lamentablemente, rara vez encontramos personas que pongan atención a lo que la iglesia cree. No obstante, cuando la iglesia fue llamada a la unidad en el Nuevo Testamento, debemos recordar que el apóstol Pablo habló de unidad en estos términos: un Señor, una fe, y un bautismo. Esta unidad no es algo meramente superficial en el sentido de ser una organización unificada o una metodología unificada, sino que,

fundamentalmente, es una confesión unificada de fe en la persona y la obra de Cristo. Y en segundo lugar, se debe concordar sobre el contenido de esa confesión. Desafortunadamente, la unidad de la iglesia se ha quebrado precisamente allí donde se supone que debe haber unidad, a saber, en el evangelio apostólico.



Unidos en la verdad

Hasta aquí hemos aprendido que la iglesia de Cristo tiene cuatro principales distintivos: ella es una, santa, católica, y apostólica. Hemos considerado la unicidad o unidad de la iglesia, observando algunos de los problemas que han surgido a consecuencia del movimiento ecuménico. Este ecumenismo intenta generar tanta unidad visible, organizacional e institucional en la iglesia como sea posible. A causa de este movimiento, las iglesias han creído necesario ampliar su base teológica y su base confesional con el fin de albergar las teologías divergentes al interior de la institución. Esto se denomina pluralismo.

Siempre ha habido cierto nivel de pluralismo dentro del cristianismo histórico. En mi posgrado tomé un curso llamado “Historia de la herejía”. Los estudiantes tenían que examinar algunas de las controversias más encendidas en la historia de la iglesia. Estudiamos la herejía ebionita, la herejía docetista, y la herejía gnóstica. También estudiamos los famosos

concilios eclesiásticos como el de Nicea y el de Calcedonia. Estos concilios abordaron distintas variantes heréticas relacionadas con la cristología. La iglesia siempre ha tenido que tratar con la herejía, y la iglesia siempre ha hecho una distinción entre herejía y error. Esta no es una distinción de tipo sino de grado. La iglesia siempre está plagada de errores o al menos tiene algunos miembros que están errados en su pensamiento y en sus creencias. Pero cuando un error se vuelve tan grave que amenaza la vida misma de la iglesia y afecta los elementos esenciales de la fe cristiana, entonces la iglesia tiene que ponerse en pie y decir: "Esto no es lo que creemos. Esta creencia falsa es una herejía y no puede tolerarse dentro de la iglesia visible". Históricamente, eso es lo que ha sucedido con los conflictos teológicos.

Es importante entender que hay errores que llamaríamos no esenciales, es decir, errores en los que la salvación no está en juego. Durante muchos años, los cristianos han debatido sobre el modo apropiado del bautismo. ¿Es la inmersión, la aspersión o la infusión? Pero hay pocos cristianos en la historia cristiana que estarían de acuerdo en que determinado modo de bautismo sea esencial para el cristianismo y para la salvación. En la otra cara de la moneda, la mayoría de los cristianos concederá que toda verdad es importante y que toda obediencia en la vida cristiana es importante. Aunque diferimos en ciertas cosas, reconocemos que todos estamos tratando de agradar a Dios y ser obedientes a la Escritura. Con todo, a veces simplemente no podemos concordar.

Con respecto al pecado en general, la Biblia habla de un amor que cubre una multitud de pecados. No obstante, hay pecados específicos que son tan atroces que requieren disciplina en la vida de la iglesia. En muchos casos, hay juicios formales que pueden concluir con la remoción de una persona de la membrecía de la iglesia.

En el Nuevo Testamento, la excomunión no se prescribe para cada pecado

que la persona cometa. En lugar de ello, el amor, la paciencia, la tolerancia, y la perseverancia deben caracterizar a los cristianos. Debemos soportarnos mutuamente nuestras debilidades con paciencia y amor. No deberíamos tratar de crear un caso disciplinario de cada diferencia de opinión.

Históricamente, la iglesia ha reconocido que hay diferencias que no son esenciales para la salvación. No afectan la *esse* (en latín, esencia, ser o sustancia) de la iglesia. Hay algunos asuntos que afectan la esencia misma del cristianismo, y esos son asuntos que han sido debatidos en las más problemáticas controversias doctrinales en la historia de la iglesia.

Pero existe otro nivel. Están aquellos errores que no necesariamente son errores respecto a la esencia del cristianismo, pero sí reflejan lo que llamamos la *bene esse*. *Bene* es simplemente la palabra latina para "bien". Por lo tanto, estamos haciendo una distinción entre aquellos errores que afectan la esencia de la iglesia (una importante herejía) y las herejías menores que afectan el bienestar de la iglesia.

La iglesia siempre ha tenido que esforzarse por idear la manera de mantener la unidad y la pureza. Mi gran temor en esta generación es que lo que estamos presenciando es una especie de movimiento ecuménico que pretende neutralizar y relativizar la doctrina. Comienza por transigir con una verdad central como le deidad de Cristo o la expiación de Cristo, todo en nombre de la unidad visible.

La crisis que enfrenta hoy la iglesia es en gran medida el resultado del impacto de la Ilustración del siglo XVIII en la iglesia y la llegada de lo que se denomina liberalismo decimonónico. En el pasado, ser liberal significaba simplemente ser libre y abierto. En sí mismo, el término *liberal* describe una virtud. Pero cuando se agrega el sufijo *–ismo* al final, se refiere a una particular escuela de teología que ha ejercido una enorme influencia en la iglesia visible a través de las distintas denominaciones. El liberalismo

comenzó con el ataque de los teólogos alemanes a las dimensiones sobrenaturales del cristianismo histórico y la negación de la validez de los milagros bíblicos. Ellos intentaron reducir la fe cristiana a un código moral o un sistema de valores. Ellos deberían haber abandonado la iglesia e intentado establecer una religión totalmente nueva, porque eso es precisamente lo que estaban haciendo.

Pero eso no es lo que hizo la gran mayoría de los liberales. Más bien intentaron mantener su posición en la iglesia visible capturando los seminarios, universidades, directorios y oficinas de las principales denominaciones. En general tuvieron éxito. En consecuencia, a comienzos del siglo XX, en Estados Unidos hubo una catastrófica lucha conocida como la Controversia Fundamentalista-Modernista.

Las iglesias comenzaron a dividirse entre liberales y conservadoras y entre evangélicas y modernistas. En muchos casos, los liberales y los conservadores siguieron coexistiendo al interior de las denominaciones grandes, pero fue cualquier cosa menos una coexistencia pacífica. A partir de entonces, muchas de las denominaciones se han escindido a tal grado que hemos visto que las iglesias históricas ya ni siquiera son prominentes, al menos en cuanto a su tamaño e influencia. El crecimiento entre las iglesias evangélicas ha sido sostenido, mientras que las iglesias históricas que fueron capturadas por el liberalismo han tenido una tendencia decreciente. Una denominación ha perdido más de un millón de miembros en solo dos o tres décadas.

Me sorprende la cantidad de personas que por lo visto casi no están conscientes de la singular teología del liberalismo decimonónico. Al parecer la gente sigue confiando en un grupo de pastores que no creen en la deidad de Cristo, la expiación de Cristo, o el nacimiento virginal de Cristo. Muchas personas quedan impactadas al enterarse de que en algunas denominaciones,

casi el 80 por ciento de los pastores niega ese tipo de cosas. Ellos preguntan: "¿Por qué alguien iba a ser ministro sin creer esas cosas?". Y yo respondo que no hay nada nuevo en ello. Hemos tenido este problema durante mucho tiempo.



La doctrina divide

Cuando era muchacho, aprendí un dicho que me ha resultado útil: "Los especímenes ornitológicos de plumaje idéntico o similar habitualmente tienden a remontar el vuelo en la proximidad más cercana posible". O en palabras simples, "pájaros de un mismo plumaje vuelan juntos". Tenemos una tendencia a querer reunirnos con las personas que sostienen valores y perspectivas similares a los nuestros. De hecho, uno de los escándalos del protestantismo es que muchas veces la membrecía de la iglesia no se define por una confesión de fe común sino más bien según las similitudes socioeconómicas. Una de las cosas del pasado que yo respetaba de la Iglesia Católica Romana era que la iglesia se establecía en torno al concepto de parroquia. No vemos una primera, segunda, tercera, cuarta y quinta Iglesia Católica Romana en la misma cuadra tal como podríamos tener la Primera Iglesia Bautista y la Segunda Iglesia Bautista, o la Primera Iglesia Presbiteriana, la Segunda Iglesia Presbiteriana y la Tercera Iglesia

Presbiteriana.

La unidad del Nuevo Testamento es una unidad de fe. La Iglesia Católica Romana decidió tener personas provenientes de la administración, del sector obrero, y de diversos trasfondos étnicos en la misma congregación. Esa es una maravillosa práctica, porque la iglesia no debe apuntar a algún grupo demográfico en particular. Toda la sociedad está llamada a participar en el cuerpo de Cristo. En la comunidad del Nuevo Testamento, no había una iglesia bautista de Éfeso, una iglesia presbiteriana de Éfeso, y una iglesia luterana de Éfeso. Era la iglesia de Éfeso. Desde luego, puede que las villas y pueblos muy pequeños de nuestro tiempo tengan solo una iglesia, pero en general tenemos una proliferación de iglesias. Pero, insisto, la unidad de la que habla el Nuevo Testamento es una unidad de fe, una unidad donde las personas se reúnen por causa de un compromiso común con la verdad y con el evangelio. Hoy en día, hemos visto intentos de encontrar la unidad estrictamente a través de estructuras organizacionales visibles. Otra forma en que tratamos de definir la unidad es concentrar nuestros esfuerzos en lo que puede llamarse unidad espiritual.

Recuerdo que en la década de 1970, cuando yo estaba en Pennsylvania, en el Ligonier Valley Study Center, hospedamos a un grupo de cristianos que nos visitaban desde Francia. Era un grupo de cristianos carismáticos. Ellos compartían su experiencia carismática pero provenían de una amplia diversidad de trasfondos eclesiásticos. Algunos eran luteranos, algunos eran católicos romanos, otros eran pentecostales y otros eran presbiterianos. Ellos hablaban con mucho gozo y entusiasmo acerca de la unidad que habían experimentado al ser uno en el Espíritu.

Yo estaba asombrado por su obvio sentido de unidad, así que les dije: “¿Cómo han logrado superar algunas de las serias diferencias históricas que ustedes tienen?”. Y ellos dijeron: “Bueno, ¿cuáles, por ejemplo?”. Así que yo

mencioné algunas, pero fue un error, porque en cinco minutos estaban discutiendo acaloradamente sobre aquellos asuntos. En otras palabras, ellos podían tener su unidad siempre y cuando dejaran de lado sus diferencias doctrinales. ¿Puedes sentir la tensión que eso provoca? Por una parte, hay algo extremadamente positivo respecto a la unidad espiritual que era real. Pero hay un grave peligro en tratar de ignorar completamente las diferencias doctrinales.

Al parecer esa es la tendencia de nuestra cultura actual. El axioma de nuestro tiempo es la declaración “la doctrina divide”. Históricamente, eso es cierto: la doctrina efectivamente tiene una tendencia a dividir a las personas. ¿Alguna vez te has preguntado por qué divide? Las instituciones liberales aparentemente logran un alto nivel de tolerancia de los puntos de vista distintos a los suyos. Por el contrario, los conservadores al parecer riñen por muchas cosas.

Pero quizá los liberales no sean tan tolerantes como uno podría pensar. Ellos tienden a ser relajados respecto a la doctrina hasta que la discusión se vuelve hacia la doctrina conservadora. Entonces la atacan con vehemencia. Aquellos que se jactan de ser abiertos de mente la cierran rápidamente. Yo creo que el motivo básico por el que las iglesias liberales pueden tolerar una tan amplia variedad de doctrinas es que en realidad la doctrina no les importa mucho. Estas iglesias no tienen una pasión por el contenido esencial de la fe cristiana, mientras que en el ambiente conservador las personas están dispuestas a dar la vida por la verdad de la Escritura porque ven que tales cosas tienen una significación eterna.

Para los que están del lado de las convicciones liberales, el ambiente puede ser muy diverso en cuanto a los principios declarados en los credos del cristianismo, porque eso no les importa. Pero a los creyentes sí les importan los credos, porque a ellos les preocupa el contenido de su fe. Los creyentes

que intentan ser fieles a las Escrituras saben que prácticamente en cada página de las epístolas del Nuevo Testamento hay una exhortación respecto a guardar la verdad de la fe que en otro tiempo fue entregada. Pablo, mientras aconseja a Timoteo, Tito, y otros, está muy preocupado de advertir a las iglesias acerca de aquellos que socavarían la verdad de la fe apostólica por medio de falsas doctrinas.

La más fuerte crítica contra el liberalismo decimonónico fue la que presentó el teólogo suizo Emil Brunner en su clásica obra *Das Midler* (El mediador). En esta obra, él habló de la cristología desarrollada en la teología del siglo XIX que concluyó en la negación de la deidad de Cristo y su expiación sustitutiva. Él dijo que podía definir la esencia del liberalismo decimonónico en una sola palabra, *unglaube*, o incredulidad. Brunner dijo que el liberalismo del siglo XIX era un monumento a la incredulidad.

La controversia más acalorada en la historia de la teología fue la Reforma protestante del siglo XVI. Esta controversia se centraba en dos preguntas principales: ¿qué es el evangelio?, y ¿qué debo hacer para ser salvo? Martín Lutero soportó grandes dificultades y la hostilidad de multitudes de personas a medida que arreciaba el furor de la controversia. Hacia el final de su vida, Lutero observó que en sus días se había encendido la luz del evangelio y había iluminado las tinieblas. Recordemos el lema de la Reforma: *Post tenebras lux*, es decir, "luz después de las tinieblas". Lutero dijo que era inevitable que, dentro de poco tiempo, la luz del evangelio sería escondida una vez más en la oscuridad. La razón que dio fue que allí donde se predica el evangelio, este divide y provoca controversia. La gente no quiere constante controversia. Lo que queremos es paz.

El mensaje de los falsos profetas de Israel era un mensaje de paz. Pero su paz era ilusoria. Ellos predicaban paz cuando no había paz, o lo que Lutero llamaba una paz carnal. Lutero dijo que cuando el evangelio se predica con

pasión y precisión, no trae paz. De hecho, nuestro propio Señor dijo: “No piensen que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada” (Mateo 10:34). Eso no significa que estemos llamados a usar armas de combate militar para fomentar la expansión del reino. Debemos ser pacificadores. Debemos ser tolerantes, amables y pacientes. Pero si miramos el registro histórico, los verdaderos profetas de Israel lucharon por la verdad, y cada vez que lo hicieron, se desató controversia.

Probablemente ningún ser humano haya generado tanta controversia como Jesucristo. La gente se veía impulsada a posicionarse a favor de él o bien en su contra. El registro de la iglesia apostólica en el libro de Hechos es el registro de una controversia constante e intensa. La controversia se enfocaba en la predicación del evangelio. La predicación era tan controversial que la autoridad religiosa de la comunidad judía prohibió tajantemente a los apóstoles predicar el evangelio, porque este era controversial y dividía al pueblo.

En nuestra generación, se nos ha dicho que la virtud suprema es la paz. Hemos vivido en la era de la bomba atómica. Hemos visto guerra por doquier. Estamos cansados de las disputas, cansados de que la gente se pelee y se maten unos a otros. Es por la gracia de Dios que las iglesias no están quemando personas en la hoguera ni poniéndolas en potros de tortura como se hacía en siglos pasados. Hemos aprendido a coexistir con personas con las que discrepamos. Valoramos esa paz. Pero me temo que el peligro es que la valoramos tanto que estamos dispuestos a oscurecer el evangelio mismo. Debemos tener cuidado de hablar de unidad cuando en realidad no la tenemos. A veces me parece que creemos que tenemos más unidad de la que realmente tenemos.

Históricamente, en el momento de la Reforma, los protestantes no solo eran llamados protestantes, sino también “evangélicos”. Los llamaban evangélicos

porque abrazaban el evangelio. Históricamente, aunque los evangélicos del siglo XVI iniciaron denominaciones diferentes, aún había principios fundacionales de unidad que los vinculaban. Los dos puntos principales de unidad en el evangelicalismo histórico y clásico eran dos *solas* clave de la Reforma: *sola scriptura* y *sola fide*. Sola Scriptura refleja el hecho de que todos los distintos grupos protestantes creían que la Biblia era la autoridad final para asuntos de fe y práctica. Todos ellos creían en la inspiración y la infalibilidad de la Biblia. Y en segundo lugar, ellos concordaban en la cuestión cardinal del siglo XVI, a saber, la doctrina de la justificación solo por la fe, es decir, *sola fide*. Aunque pudieran diferir en cualquier otro asunto (tal como en lo relativo a los sacramentos y otras doctrinas), al menos tenían el cemento de aquello que sí afirmaban en común y unía a los protestantes. Esa unidad duró varios siglos.

Es solo en nuestro tiempo que hemos visto a este grupo de personas que se hacen llamar evangélicas desviarse de estas dos doctrinas. Hasta finales del siglo XX, uno casi podía garantizar que una persona que se llamara evangélica creía que la Biblia era la Palabra de Dios, que era infalible, que era inspirada, y que era inerrante. Eso ya no puede suponerse. Esa unidad ha sido desbaratada.

En efecto, un historiador aduce que el término *evangélico* ha sido casi completamente privado de su significado. Históricamente, ser evangélico significaba algo doctrinal. Es decir, se definía en relación con una particular confesión. Ahora tiende a definirse por una metodología en lugar de una teología. Y hoy en los denominados círculos evangélicos existe el mismo tipo de pluralismo descontrolado que el que hemos visto en el liberalismo histórico.

Tratar de vivir como cristiano es muy complicado, y es igualmente difícil que "vivamos en paz con todos" (Romanos 12:18). Realmente necesitamos

mover cielo y tierra para mantener la paz. No obstante, al mismo tiempo, se nos llama a ser fieles a la verdad del evangelio y la pureza de la iglesia.



Visible e invisible

¿Has oído alguna vez la frase *iglesia invisible*? El primero en desarrollar en profundidad la idea de iglesia invisible fue San Agustín. Él hizo una distinción entre la iglesia invisible y la iglesia visible. Esta distinción de Agustín a menudo ha sido malentendida. A lo que él se refería con iglesia visible era la iglesia como institución que percibimos visiblemente en el mundo. Tiene una lista de miembros en sus nóminas y podemos identificarlos.

Antes de que consideremos la iglesia invisible, hagamos una pregunta: ¿hay que ir a la iglesia para ser cristiano? ¿Es la asistencia a la iglesia —si uno tiene la capacidad física— un requisito para ir al cielo? En un sentido muy técnico, la respuesta es no. Sin embargo, necesitamos recordar algunas cosas. Cristo ordena a su pueblo que no deje de congregarse (Hebreos 10:25). Cuando Dios constituyó al pueblo de Israel, él lo organizó como una nación visible, sobre la cual puso una sobria y sagrada obligación de presentarse en

adoración corporativa delante de él. Si una persona está en Cristo, está llamada a participar en la *koinonía*, la comunión de otros cristianos y la adoración a Dios conforme a los preceptos de Cristo. Si una persona sabe de todas estas cosas, y constante e intencionalmente rehúsa participar en ellas, ¿no plantearía ello serias dudas acerca de la realidad de la conversión de esa persona? Quizá un cristiano reciente podría tomar esa postura, pero yo creo que eso es altamente improbable.

Puede que algunos de nosotros nos estemos engañando en cuanto a nuestra propia conversión. Puede que afirmemos ser cristianos, pero si amamos a Cristo, ¿cómo podemos desdeñar a su novia? ¿Cómo podemos continua y persistentemente ausentarnos de aquello a lo cual él nos ha llamado a unirnos: su iglesia visible? Yo hago una sobria advertencia a aquellos que lo están haciendo. Puede que, en efecto, te estés engañando acerca del estado de tu alma.

A veces la iglesia invisible se concibe erradamente como la antítesis de la iglesia visible, algo que está fuera o aparte de la iglesia visible. Agustín no pensaba en esas categorías. Él dijo que la iglesia invisible se encuentra sustancialmente dentro de la iglesia visible. Imagina dos círculos. Dentro del primer círculo está escrito "la iglesia visible". Esa es la iglesia institucional humanamente perceptible tal como la conocemos. La iglesia invisible, como otro círculo, existe sustancialmente dentro del círculo de la iglesia visible. Puede que haya algunas personas en la iglesia invisible que no son miembros de la iglesia visible, pero son contadas.

¿Por qué Agustín habla de una iglesia invisible? Lo hace para ser fiel a la enseñanza de Jesús en el Nuevo Testamento. Agustín enseñó que la iglesia es un *corpus permixtum*. ¿Qué significa eso? Sabemos lo que es un *corpus*. Es un cuerpo. ¿Qué significa Corpus Christi? El cuerpo de Cristo. Corporación es una organización de personas. *Corpus permixtum* significa que la iglesia es

un cuerpo mezclado.

Dentro de los límites físicos de la iglesia institucional hay personas que son verdaderos creyentes, pero también hay incrédulos dentro de la iglesia institucional visible. Ellos están en la iglesia, pero no están en Cristo, porque han hecho una falsa profesión de fe. Jesús dijo acerca de algunos de sus contemporáneos: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mateo 15:8). Jesús reconoció que había personas dentro de Israel que no eran verdaderos creyentes. Pablo dijo algo similar: “No todos los que descienden de Israel son israelitas” (Romanos 9:6). Estos judíos realizaban los rituales y eran parte de la comunidad visible. Ellos participaban en todas las actividades, pero aún así eran extraños y ajenos a las cosas de Dios.

En el Nuevo Testamento, la metáfora que utiliza Jesús respecto a este hecho es la metáfora del trigo y la cizaña. La cizaña es una maleza. La metáfora es simple en el ambiente agrícola. Para sacar la máxima productividad de un huerto, se debe minimizar la cizaña, porque aparentemente crece con mayor facilidad que el cultivo.

Jesús usa esta metáfora para advertir a la iglesia de que, por una parte, ella debe ocuparse de la disciplina de manera que las malezas que amenazan con destruir la pureza de la iglesia sean eliminadas. Él también nos dijo que tuviéramos mucho cuidado al ejercer la disciplina de la iglesia, no fuera que en nuestro celo por purificar la iglesia arrancásemos trigo junto con la cizaña.

Dios mira el corazón y lo que siempre permanece invisible a mis ojos es el alma de la otra persona. Yo puedo escuchar tu confesión de fe. Puedo observar tu vida. Pero no sé qué hay en los más profundos rincones de tu corazón. Yo no puedo ver tu alma. No puedo leer tu mente. Pero Dios puede leer tu mente, y él sabe exactamente cuál es el estado de tu alma en

cualquier momento dado. Lo que para mí es invisible, es visible para Dios.

Esta es una distinción concerniente a nuestra limitada percepción.

¿Quién está en la iglesia invisible? Según Agustín, todos aquellos que son verdaderos creyentes. Y él desde luego se refería a los elegidos, porque todos los elegidos, según Agustín, finalmente llegan a la verdadera fe. Y todos los que llegan a la verdadera fe están contados entre los elegidos. Así que cuando él hablaba de la iglesia invisible, estaba hablando de los elegidos, aquellos que verdaderamente están en Cristo y son verdaderos hijos de Dios.

Juan Calvino dijo que no debemos concebir la iglesia invisible como algo imaginario o que reside en una dimensión desconocida. Siguiendo a Agustín, Calvino insistió en que la iglesia invisible existe sustancialmente dentro de la iglesia visible. Él dijo que la tarea principal de la iglesia invisible es hacer visible la iglesia invisible.

¿Qué quiso decir con eso? Calvino estaba volviendo a la ascensión de Jesús y la última pregunta que le hicieron los discípulos antes de que él partiera de este mundo, cuando preguntaron: "Señor, ¿vas a devolverle a Israel el reino en este tiempo?". Jesús respondió: "No les toca a ustedes saber el tiempo ni el momento, que son del dominio del Padre. Pero cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:7-8).

Esta declaración de Jesús suele ser malentendida debido a nuestra jerga cristiana. Si le preguntan a un cristiano: "¿Qué significa dar testimonio?", la respuesta habitual es "hablarle a alguien acerca de Cristo". Eso no es totalmente falso. En un sentido, el evangelismo es una forma de dar testimonio. Pero no es la única forma. El propósito del testimonio es manifestar algo que está oculto. Calvino dijo que es tarea de la iglesia hacer visible el reino invisible. Eso lo hacemos, en primer lugar, mediante la proclamación del evangelio. Pero también lo hacemos siendo ejemplos el reino de Dios, demostrando justicia en el mundo, demostrando misericordia

en el mundo, y mostrando al mundo el verdadero aspecto del reino de Dios. Eso significa que la iglesia debe materializar y encarnar la vida del Espíritu de Dios en todo lo que hace, de manera que sus buenas obras no estén ocultas bajo un cajón, sino que estén a ojos vistas. Deberíamos dar testimonio de la presencia de Cristo y de su reino en el mundo.

Existe un peligro en usar los términos *visible* e *invisible*. Algunos piensan que si están en la iglesia invisible significa que pueden ser cristianos de servicio secreto. Pero sabemos que el mandato del Nuevo Testamento es que testifiquemos de Cristo, que exhibamos la luz del evangelio, y hagamos su reino visible. Y eso es lo que debe hacer la iglesia.

La iglesia en cualquier ambiente, en cualquier lugar, en cualquier generación, siempre es más o menos visible y más o menos auténtica. Pero incluso las iglesias pueden perder su candelabro, y pueden dejar de ser iglesias. Las iglesias pueden volverse apóstatas. Las denominaciones pueden volverse apóstatas. Una comunidad entera puede abandonar la iglesia invisible y ya no ser verdadera iglesia.

¿Eres miembro de la iglesia invisible? La iglesia invisible es una iglesia que siempre disfruta de unidad porque verdaderamente somos uno en Cristo. El punto de unificación de la iglesia invisible, lo que une y sobrepasa los límites eclesiásticos y las líneas denominacionales, es el hecho de que estamos injertados en Cristo. Todos los que están en Cristo y todos aquellos en quienes está Cristo son miembros de su iglesia invisible. Esa unidad ya está ahí y nada puede destruirla. Eso no significa que podamos descansar en ese punto. No es que simplemente podamos estar satisfechos con la unidad de la iglesia invisible. Aún deberíamos estar trabajando tanto como nos sea posible por una genuina unidad de la iglesia visible.



La iglesia es santa

El Credo Niceno afirma: "Creo en una santa iglesia católica y apostólica". Ahora nos volvemos al atributo de la santidad en lo que respecta a la iglesia. En el pasado se ha dicho que la iglesia es la institución más corrupta del mundo. Ahora bien, eso puede parecer un tanto desmedido y exagerado, pero puede ser cierto dependiendo de cómo evaluemos la corrupción. En primera instancia, si simplemente miramos al mal puro, entonces es obvio que cosas como el crimen organizado o los neo-nazis pueden considerarse mucho más corruptos que la iglesia. Pero si miramos el bien y el mal en relación con la escala proporcional de la responsabilidad moral, entonces sí, la iglesia es la más corrupta de las instituciones. Jesús dijo: "Al que se le da mucho, también se le exigirá mucho" (Lucas 12:48). Si aplicamos ese estándar a la iglesia, entonces diríamos que la iglesia, de todas las instituciones, es la que ha recibido los mayores beneficios de la gracia divina. A la luz de los diversos beneficios y dones de la gracia que hemos recibido

como iglesia, y el correspondiente elevado nivel de responsabilidad que eso conlleva, podríamos decir, en términos relativos, que la iglesia es corrupta en tanto que no alcanzamos a estar a la altura de la responsabilidad de nuestro llamado.

A algunos les parece casi gracioso que, en el Nuevo Testamento, Pablo frecuentemente se dirija a los creyentes como “santos”. Por ejemplo, él dirigió sus epístolas a los santos que están en Corinto, o los santos que están en Éfeso. La palabra que se traduce como “santos” es la palabra *hagioi*. Al Espíritu Santo se le llama “santo” con esta misma palabra griega.

¿En qué sentido a los miembros del cuerpo de Cristo se les llama santos — los *hagioi*? Tenemos que mirar las distintas formas en las que se puede llamar legítimamente santas a las personas. Esto comienza por entender la vocación de la iglesia. Una vocación, desde luego, es un llamado. Esta palabra casi ha desaparecido de nuestro vocabulario común. La gente hoy habla de sus empleos y sus carreras, pero en otro tiempo todos entendíamos que teníamos una vocación. Una vocación significaba un llamado de Dios para involucrarse en una empresa en particular. El llamado a ser cirujano o agricultor o ama de casa se consideraba como una responsabilidad entregada a las personas según sus dones por Dios.

Toda la idea de vocación está integrada en la palabra bíblica para iglesia. En el Nuevo Testamento, la palabra griega que se traduce como “iglesia” es *ekklesia*. De ese término griego proviene la palabra “eclesiástico”. Si miramos esta palabra y la descomponemos, vemos que *ekklesia* contiene un prefijo y una raíz. No es necesario ser estudiante de griego para poder entender esta idea, porque el prefijo *ek* viene de *ex*, que significa “desde” o “de”. Además, la raíz principal de esta palabra viene del término griego *kaleō*, que significa “llamar”. Es muy cercana a la palabra castellana “llamado”. Si observamos el significado original de la palabra *ekklesia* en la

Escritura, vemos que etimológicamente significa algo que es llamado desde otra cosa.

La razón por la que la iglesia se denomina *ekklesia* es que ella es la compañía de personas que han sido llamadas por Dios desde el mundo. Después de que Jesús nació, Herodes intentó matar a los infantes y destruir a este rey recién nacido. El ángel del Señor advirtió a José en un sueño que huyera del país, y ellos descendieron a Egipto. Después de la muerte de Herodes, se le reveló a José que era seguro regresar a Palestina, y así se nos dice que se cumplió la Escritura: "De Egipto llamé a mi Hijo" (Mateo 2:15), refiriéndose a un postrer cumplimiento definitivo de lo que Dios hizo originalmente en el Éxodo. Allí, Dios llamó a Israel desde la esclavitud en Egipto y adoptó a la nación de Israel como su hijo. En un sentido real, esta vocación de la iglesia comienza con este llamado de Dios, donde él redimió una nación desde la esclavitud de Egipto. Pero hay un sentido aún más profundo. El cristiano y la iglesia, Israel en el Antiguo Testamento así como la iglesia en el Nuevo Testamento, no fueron llamados por Dios meramente de Egipto, sino que fueron llamados del mundo. No que tuvieran que salir del planeta, sino que se trataba de un llamado a la santidad. Recordemos que cuando Dios formó a Israel, les dijo: "Yo soy el Señor su Dios. Por lo tanto, ustedes se santificarán, y serán santos, porque yo soy santo" (Levítico 11:44). Mucho antes de que Pablo escribiera epístolas a los santos de Éfeso, Corinto, o Tesalónica, la idea de que la iglesia era un pueblo que había sido llamado por Dios a la santidad ya estaba profunda y firmemente establecida en el Antiguo Testamento.

La propia palabra *santo* significa ser distinto o ser apartado. Cuando uno es apartado, la persona es separada de aquello que es común y corriente y es dirigida hacia algo extraordinario, algo fuera de lo común. Por supuesto, en las categorías bíblicas, eso significó que el pueblo de Israel que fue llamado a

la santidad fue llamado a vivir conforme a un modelo, estándar o modo de vivir distinto al que es común en el mundo. En otras palabras, este fue un llamado a la piedad, a una forma de vida distinta.

Lo primero que tenemos que entender cuando observamos la declaración *la iglesia es santa* es que la iglesia tiene una vocación santa, un llamado santo. La iglesia ha sido separada de cualquier otra institución y el pueblo de Dios ha sido separado del mundo para una misión específica. Ellos deben reflejar y reproducir el carácter de Dios. Esto significa que si somos parte de la iglesia invisible, estamos llamados a ser un pueblo peregrino. Es por eso que la Biblia enfatiza que estamos de paso, que somos peregrinos y extranjeros en este mundo.

Además de esto, hay otro sentido en el que la iglesia es llamada santa. La iglesia es llamada santa porque sus miembros deben ser personas en las que habita Dios el Espíritu Santo. Cualquiera en quien habite el Espíritu Santo es considerado santo o separado a ojos de Dios. La iglesia es la institución visible que Dios ha creado donde le ha placido que more su Espíritu. Ten en cuenta que el Espíritu Santo no es el único espíritu que encontramos en medio de la iglesia visible. Encontramos espíritus malignos y tenemos que probar los espíritus. Pero la iglesia es santa en tanto que el Espíritu Santo está presente y actuando en la vida de las personas que la componen. Es por eso que Pablo puede mirar a los pecadores y dirigirse a ellos como santos. En sí mismos, ellos aún son pecadores, pero si han sido regenerados por el Espíritu Santo, han nacido del Espíritu, y el Espíritu Santo mora en ellos, ahora son los *hagioi*, “los santos”, los que están en el proceso de ser santificados.

En respuesta a esto, escuchamos a las personas decir que la iglesia no es santa sino que más bien está llena de hipócritas. La respuesta a eso debería ser: “Siempre hay espacio para uno más”. Ninguno de los que estamos en la iglesia es capaz de llegar a practicar perfectamente las mismas cosas que

profesamos creer. Los creyentes que son llamados santos son una comunidad de pecadores que están en el proceso de ser santificados. Somos hechura de Cristo. Cristo nos está modelando a nosotros y está modelando a su iglesia. Él la está moldeando para que sea santa. Así como las personas no serán perfectamente santificadas mientras no lleguen al cielo, tampoco la iglesia será perfectamente santificada mientras no sea glorificada.

Hemos visto que la Biblia se refiere a la iglesia como “la novia de Cristo”. Un día veremos a esta novia vestida con su inmaculado e impresionante vestido de novia. Pero en este momento, el vestido de la novia está dañado. Tiene manchas, salpicaduras, y arrugas. Pero la promesa de Cristo a su novia es que él va a quitar cada salpicadura, cada mancha, y cada arruga, de manera que en el día final él presentará su novia al Padre en todo el esplendor de la perfecta santidad.

En este momento somos una novia cuyo vestido está arrugado y manchado. Imagina que una novia se presente en la boda con su vestido de novia y uno piense: “¡Cómo es posible! Ella debe haber tenido esa cosa tirada en un rincón como por medio año. Está todo arrugado”. Ninguna novia llegaría así a su boda. Si miramos el estado en que estamos ahora, no tenemos nada de qué jactarnos. Nuestra santidad está en progreso, y es una certeza absoluta en cuanto al destino de la verdadera iglesia. Eso no significa que las iglesias como instituciones visibles no perecerán o que las iglesias no puedan volverse apóstatas. Pueden hacerlo, pero ahora estamos hablando de la iglesia invisible. Esta es la iglesia compuesta por los verdaderos creyentes. En algún punto de la historia, esta iglesia demostrará la plenitud de su santidad y será fiel a su vocación en la medida que es constantemente capacitada y purificada por el Espíritu Santo que mora en ella. Este es uno de los motivos por el que la iglesia está sujeta a grandes persecuciones y tiempos de gran sufrimiento. En ese sufrimiento ocurre la purificación del crisol. Este es uno de los medios

que Dios usa para efectuar la santificación y la pureza de la iglesia. De tanto en tanto, a Dios le agrada despertar a su pueblo, y al parecer siempre necesitamos un despertar a nuestra vocación y llamado como pueblo de Dios para que podamos ser santos así como él es santo.

Pregúntate a ti mismo: “¿Es mi iglesia un lugar santo?”. Puede que esa pregunta te cause risa, porque quizá podrías señalar todas las falencias, errores, y pecados que invaden la iglesia. Recuerda que la iglesia aún está contaminada, pero también es la novia de Cristo. La santidad no es tanto lo que la iglesia es en algún momento dado de su historia como lo que será. Nuestro propósito en el presente es ser un santo que está siendo santificado. Además, debemos ser aquellos que confían en los dones y las gracias del Espíritu Santo para ser fieles a la vocación que Dios le ha dado a la iglesia.



La iglesia es universal

Ahora que hemos considerado la unidad y la santidad de la iglesia, podemos avanzar al tercer distintivo de la iglesia del Credo Niceno: la iglesia es *católica*. Es importante recordar que la palabra católica no se refiere a la Iglesia Católica Romana. Más bien, el término católico significa universal, o para todo tiempo y en todo lugar. La idea es que la iglesia de Jesucristo no es un cuerpo parroquial que solo se encuentra en una ciudad en particular o solo entre un grupo único de personas que se reúnen en algún sitio geográfico. Ni siquiera es algo que esté confinado a límites nacionales. La iglesia de Cristo más bien es algo que se encuentra a través de todo el mundo, compuesta por personas de toda lengua y nación.

No hace mucho tiempo, prediqué en una pequeña iglesia en Florida. Esa mañana había unas ciento cincuenta personas en la congregación. Antes de comenzar a predicar, comenté que esperaba que me disculparan por estar nervioso por hablar allí, pero que siempre me ponía nervioso cuando

predicaba frente a millones de personas. Ellos se rieron y miraron alrededor para ver si se estaba haciendo un programa de radio o había alguna cámara de televisión para transmitir la predicación más allá de los límites de esta pequeña iglesia. Yo les aseguré que hablaba en serio y volví su atención a un pasaje del libro de Hebreos. El autor escribe lo siguiente:

> Ustedes no se han acercado a aquel monte que se podía tocar y que ardía en llamas, ni tampoco a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, ni al sonido de la trompeta, ni a la voz que hablaba, y que quienes la oyeron rogaban que no les hablara más porque no podían sobrellevar lo que se les ordenaba: "Incluso si una bestia toca el monte, será apedreada o atravesada con una lanza". Lo que se veía era tan terrible, que Moisés dijo: "Estoy temblando de miedo". Ustedes, por el contrario, se han acercado al monte de Sión, a la celestial Jerusalén, ciudad del Dios vivo, y a una incontable muchedumbre de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios, el Juez de todos, a los espíritus de los justos que han sido hechos perfectos, a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel (Hebreos 12:18-24).

El autor de Hebreos está hablando aquí de la iglesia y la experiencia de la iglesia universal. Él nos recuerda la nueva situación que ha tenido lugar con el triunfo de Cristo y que las cosas han cambiado desde los días del Nuevo Testamento. Él dice que nosotros no venimos a aquella montaña que estaba cubierta de oscuridad y con truenos y relámpagos, que era un lugar de profundo terror. (Aquí se describe la ocasión cuando Dios descendió del cielo al Monte Sinaí y le dio a Moisés las tablas de piedra con la ley). El autor dice que no es eso lo que hacemos cuando vamos a la iglesia. Hoy, cuando vamos a la iglesia, entramos al cielo mismo, a donde Cristo ha ido en su ascensión.

Como nuestro sumo sacerdote, él ha entrado al santuario del cielo una vez para siempre y ha rasgado el velo de separación que nos prohibía el acceso a la presencia inmediata de Dios. Según este texto, ahora se nos ha dado acceso al cielo mismo.

Dios está en todo lugar, él no está solo dentro de un templo. Sabemos que no podemos restringir su presencia, pero hay una significación simbólica importante en la puerta de una iglesia. Cuando entramos a ese edificio, en términos espirituales, estamos viniendo al lugar donde el pueblo de Dios se reúne a ofrecer adoración y sacrificio de alabanza a él. La iglesia es suelo santo. Es el lugar sagrado donde el pueblo de Dios se reúne para la tarea sagrada de la adoración.

El Nuevo Testamento dice que cuando adoramos juntos, no solo estamos adorando en una asamblea de ciento cincuenta personas, sino que nuestra adoración se lleva a cabo en el cielo. Pablo nos advierte sobre nuestro comportamiento durante la asamblea, porque los ángeles están observando y participando. Además, el autor de Hebreos nos dice que estamos rodeados de una nube de testigos: los santos que se han ido antes que nosotros.

Por lo tanto, ¿quién está en nuestra congregación el domingo en la mañana? El domingo pasado yo fui a la iglesia, y adivina quién estaba. Abel, Noé, Abraham, y llegó Isaac, y también David y Débora, y Josué, Isaías, Jeremías, Ester, Amós, Lea, Oseas, Joel, Ezequiel, Ana, y Daniel estaban allí. Pedro y Pablo estaban ahí, también Esteban, María, Bernabé, y Lucas, el gran médico. Timoteo viene a nuestra iglesia, junto con Tito y Santiago. Y yo miré alrededor, ¿y sabes quién más estaba? No lo podía creer. Atanasio, Agustín, Martín y Catalina Lutero, Juan e Idelette Calvino, Jonathan y Sarah Edwards, y B. B. Warfield. Todos los santos que han entrado en su reposo son parte de la asamblea celestial. Cuando la iglesia se reúne, no importa si es pequeña, no importa qué tan lejos esté el lugar donde se congrega, es la iglesia católica.

No solo eso, sino que en nuestra reunión disfrutamos de lo que el Credo de los apóstoles llama la *communio sanctorum*: la comunión de los santos. No son solo los santos que se han ido antes que nosotros al cielo —la iglesia triunfante— sino los santos que aún están aquí en la iglesia militante: los santos de la República Checa, los santos de Hungría, de Rumania, de China, de Brasil, de Kenia, de Inglaterra, y de todo el mundo. Estamos unidos en una comunión de la iglesia católica. ¿Cómo puede ser así? Es muy simple. Es la unión mística de Cristo y su novia. Cada persona que forma parte de la novia de Cristo está en Cristo Jesús. Dondequiera que esté Cristo, ahí está su iglesia.

Recordemos el libro de Hebreos una vez más:

> Ustedes, por el contrario, se han acercado al monte de Sión, a la celestial Jerusalén, ciudad del Dios vivo, y a una incontable muchedumbre de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios, el Juez de todos, a los espíritus de los justos que han sido hechos perfectos, a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel (Hebreos 12:22-24).

Lo más grandioso respecto a la iglesia en la adoración es que la iglesia está en presencia de Cristo. Cristo viene a su novia, y cada vez que la novia se congrega, el novio está allí. Es por eso que no queremos perdernos la ocasión. Es por eso que nunca queremos abandonar la reunión de los santos. Si publicara un boletín de noticias que dijera: “¿Sabes quién estará en la iglesia el próximo domingo? ¡Jesús mismo estará de visita!”, ¿qué compromiso no cancelarías para estar allí?



Fundada sobre los apóstoles

¿Cuál es el fundamento de la iglesia? Cantamos el himno "El único fundamento de la iglesia es Jesucristo Nuestro Señor". A veces las palabras de los himnos son un canal de información errónea. Jesús es parte del fundamento, sin duda, pero en términos de la metáfora de construcción, podemos ser más precisos. Él no es solo el fundamento, sino que se le llama la principal piedra angular de la iglesia. Todo el fundamento se construye en él como la principal piedra angular.

¿Pero cuál es el fundamento? Según el Nuevo Testamento, el fundamento son los apóstoles y profetas. Recordemos cuando Pedro, en Cesarea de Filipo, hizo su gran confesión después de que Jesús preguntara: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?" Simón Pedro respondió: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Jesús le respondió: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y

las puertas del Hades no podrán vencerla" (Mateo 16:15-18). La iglesia que Cristo estableció no está construida sobre un fundamento de arena, sino que está construida sobre una roca, y la roca sobre la cual está construida, según la imaginería del Nuevo Testamento, es la roca de la Palabra profética y apostólica, es decir, los escritos bíblicos.

Observemos el libro de Apocalipsis. Allí, en el capítulo 21, leemos sobre la aparición de la Nueva Jerusalén, la ciudad celestial que desciende desde arriba. Vemos que se la describe en magníficos términos. En 21:14, leemos lo siguiente: "La muralla de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos estaban los nombres de los doce apóstoles del Cordero" (Apocalipsis 21:14). Incluso la Nueva Jerusalén está cimentada sobre el fundamento de los apóstoles.

¿Cuál es la significación de esto? Yo creo que el atributo de la iglesia que está bajo un gravísimo ataque en nuestros días es su apostolicidad, porque dentro de la iglesia ha habido un rechazo indiscriminado de la autoridad de la sagrada Escritura. Se trata de una rebelión contra el propio fundamento de la iglesia. Puede que rechaces la enseñanza de Pablo, y puede que discrepes con la enseñanza de Pedro, y puede que no creas en la integridad de la sagrada Escritura, pero en este punto te ruego que no intentes robar la iglesia de Cristo para construirla sobre algún otro fundamento. ¿Por qué mejor no ser honesto y decir: "Yo rechazo el cristianismo", en lugar de tratar de construir una nueva versión mejorada sobre algún otro fundamento?

¿Qué significa ser apostólico? Para responder esa pregunta, debemos volver al comienzo y preguntar: "¿Qué es un apóstol?". El término *apóstol* viene de la palabra griega *apostolos*, que significa "uno que es enviado". Los apóstoles son enviados de alguien a algún lugar. En la cultura griega, un *apostolos* era alguien que era mensajero, embajador, o emisario. El *apostolos* estaba autorizado por el rey para representarlo en su ausencia.

Puesto que un apóstol es uno que es enviado por alguien y que tiene

autoridad delegada, el supremo Apóstol del Nuevo Testamento es Jesús mismo. Él fue enviado por el Padre al mundo, y cuando vino dijo: “Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre, que me envió, me dio también el mandamiento de lo que debo decir y de lo que debo hablar” (Juan 12:49). También dijo: “Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

En este sentido, el segundo apóstol en el Nuevo Testamento no es uno de los discípulos (aunque algunos de ellos fueron apóstoles también), sino más bien el Espíritu Santo. Jesús dijo: “Yo rogaré al Padre, y él les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre: es decir, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir porque no lo ve, ni lo conoce; pero ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes, y estará en ustedes” (Juan 14:16-17).

En los primeros siglos de la expansión del cristianismo, la mayor amenaza para el cristianismo bíblico provenía de una herejía llamada gnosticismo. Los gnósticos (de la palabra griega *gnōsis*) eran personas que pretendían poseer un conocimiento especial. Ellos afirmaban ser los *gnōstikoi*, los que saben, e hicieron un decidido esfuerzo por suplantar la autoridad de los apóstoles bíblicos. Ellos aducían que su conocimiento era más elevado y superior al conocimiento proclamado por los apóstoles de Jesús, y escribieron un enorme cúmulo de literatura para exponer su pretensión de superioridad.

Uno de los paladines de la fe cristiana en aquel entonces fue un teólogo llamado Ireneo. Ireneo fue un apologeta del cristianismo. Una de sus obras más importantes se tituló *Contra las herejías*. La principal herejía que abordó fue el gnosticismo. En su refutación de los gnósticos, Ireneo empleó una línea de razonamiento que es importante para nosotros hoy en día. Esa línea de razonamiento se servía del significado fundamental del término *apóstol*. Una vez más, la palabra *apostolos* significa literalmente “uno que es enviado o

uno al que se le da autoridad debidamente constituida para representar al que lo envía”. Ireneo dijo que los gnósticos no solo rechazaban la autoridad de los apóstoles, sino que, por una lógica irrebatible, rechazaban la autoridad de Cristo y la autoridad de Dios.

¿Cómo llegó a esta conclusión? De la siguiente forma: al rechazar a los apóstoles, aquellos que fueron enviados por Cristo y fueron comisionados por la autoridad de Cristo, ellos estaban rechazando la autoridad de aquel que los comisionó. Si estaban rechazando la autoridad de aquel que envió a los apóstoles bíblicos, es decir, el propio Cristo, entonces también estaban rechazando la autoridad de aquel que comisionó a Cristo para que viniera al mundo, es decir, Dios el Padre. Ireneo les dijo a los gnósticos que a fin de cuentas ellos eran ateos y su ataque a los apóstoles se reducía a un ataque contra Dios mismo, porque hay una cadena de comisión que va desde el Padre al Hijo y del Hijo a los apóstoles.

El concepto de tradición apostólica es de vital importancia para la Biblia. Esta tradición no es algún contenido oral no escrito como se afirma en las tradiciones cristianas no protestantes, sino más bien es el Nuevo Testamento mismo. Es la tradición apostólica que la iglesia no ha inventado sino que más bien ha recibido. La recibió de los apóstoles, quienes la recibieron de Cristo y de su Espíritu Santo, quien la recibió de Dios. Es por eso que un rechazo a la enseñanza de los apóstoles es un rechazo a la mismísima autoridad de Dios.



Siervos del Señor

La palabra inglesa para “iglesia”, *church*, viene de la palabra griega *kyriakē*, que es una forma del sustantivo *kyriakos* y significa “aquello que es propiedad del *kyrios*”.

Entonces, ¿qué significa *kyrios*? Este es un importante término en el Nuevo Testamento, porque es la palabra griega para “Señor” y es la palabra neotestamentaria que traduce el nombre de Dios del pacto del Antiguo Testamento —Jehová— y el título hebreo *adonai*. Cuando el salmista dice: “Oh Señor, soberano nuestro, ¡qué imponente es tu nombre en toda la tierra!” (Salmo 8:1, NVI), él está diciendo: “Oh *Jehová*, *Adonai* nuestro, qué excelente es tu nombre en toda la tierra”. Cuando la traducción griega del Antiguo Testamento vertió el término *Adonai*, que significa “el soberano”, lo tradujo con la palabra *kyrios*.

Kyrios se usa de tres formas distintas en el Nuevo Testamento. En una forma simple, el término *kyrios* es un tratamiento de cortesía que corresponde

más o menos a nuestra palabra “señor” o “don”. Pero el uso más elevado y de máxima exaltación del término *kyrios* es lo que llamamos su uso imperial, y ese es el título que atribuye soberanía absoluta a aquel que es el *kyrios*. Pablo usó de esta forma la palabra en Filipenses 2:10-11 cuando escribe que “toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es *kyrios*”, es decir, “Señor”.

Con todo lo importante que es ese título para Cristo en el Nuevo Testamento, quiero que veamos cómo se relaciona con nuestra comprensión de la iglesia. Otro significado de la palabra *kyrios* se refiere a un hombre de la antigua cultura griega que era lo bastante rico para poseer esclavos. El propietario de esclavos se denominaba *kyrios* y los que eran esclavos de un *kyrios* eran comprados por el *kyrios*.

Hago hincapié en lo anterior por este motivo: *kyriakē* es el fundamento etimológico de la palabra *church* (iglesia). En su significado original, *church* se refería a las personas que eran propiedad de un *kyrios*, personas que eran propiedad y posesión de un señor. En el Nuevo Testamento, encontramos el uso frecuente de esta imagen con respecto a la relación entre los creyentes —individual o corporativamente— y Cristo. Pablo, por ejemplo, se llama a sí mismo *doulos*, o “esclavo”. Él usa esta metáfora para alguien que ha sido comprado. Él la aplica no solo a sí mismo, sino también a todos en el pueblo de Dios cuando dice: “Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios” (1 Corintios 6:19-20, NVI). Somos posesión de Dios porque él nos ha redimido.

El Nuevo Testamento se refiere frecuentemente a los cristianos como personas que están en Cristo Jesús. Cuando se lleva a cabo el evangelismo, el llamado a las personas no es simplemente a creer en Jesús sino a creer *adentro* de Jesús. La palabra griega ahí es *eis*, que significa “dentro”. *Eis* y su significado pueden ilustrarse de esta forma: si estoy fuera de la ciudad,

primero debo moverme hacia dentro de la ciudad a través de las puertas de la ciudad antes de que pueda estar en el interior de la ciudad. Esa es la idea que encontramos en el Nuevo Testamento cuando somos llamados a creer “adentro” de Cristo. Y cuando realmente tenemos una fe auténtica, estamos en Cristo Jesús, y él está en nosotros. Esta es la unión mística del creyente con Cristo.

Ahora bien, si yo tengo una unión mística con Cristo y tú tienes una unión mística con Cristo, eso significa que tenemos una particular comunión, una co-fraternidad en Cristo. Esto tiene todo tipo de repercusiones en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Pablo nos dice que el espíritu por el cual debemos relacionarnos unos con otros en la iglesia es el espíritu de caridad que cubre una multitud de pecados. Además, estamos llamados a respetarnos mutuamente nuestra libertad cristiana en el Señor. Debemos abstenernos de los juicios ásperos entre nosotros. Siempre debemos recordar que estamos tratando con personas que han sido compradas por Cristo.

Con el fin de mostrar ese tipo de actitud hacia el pueblo de Dios y hacia la iglesia como institución, tenemos que mirar más allá de los individuos que nos están fastidiando y que son una piedra en el zapato, y mirar al dueño de la iglesia. Si soy miembro de un grupo de siervos y tengo un conflicto con los siervos, ese conflicto nunca debe llevarme a hablar contra el dueño de los siervos. Todos somos siervos bajo un solo Señor.

El mandamiento más difícil y más radical de Jesús es el mandato a amar a nuestros enemigos. No puedo imaginar algo menos natural. Si alguien es nuestro enemigo, lo último que queremos hacer es promover su bienestar y hacerle el bien. Y no obstante, nuestro Señor dijo que ese es nuestro deber. Debemos hacer el bien a aquellos que nos utilizan desdeñosamente y quienes nos persiguen. Necesitamos escuchar esto una y otra vez, porque orar por el bienestar de aquellos que están en enemistad contra nosotros es extraño a

nuestra naturaleza humana básica. Y no obstante, tenemos el supremo ejemplo de Jesús, quien dio su vida por el mismo pueblo que lo rechazó aún hasta la muerte. Yo no creo que podamos amar a nuestros enemigos naturalmente. La única manera en que podemos esperar hacerlo es por gracia y mirando más allá de nuestro enemigo a Cristo. Debemos amar a nuestros enemigos por causa de Cristo.

Aunque nuestros hermanos cristianos en última instancia no pueden ser nuestros enemigos, podemos aplicar la enseñanza de Jesús a la vida de la iglesia. Si debemos amar a nuestros enemigos, ¿cuánto más debemos amar a todos los que están en el cuerpo de Cristo?



Las marcas de la verdadera iglesia

¿Cuándo una iglesia deja de ser iglesia? Con frecuencia recibo cartas de personas que abren su corazón y dicen: “Estoy muy descontento en la iglesia a donde asisto. No estoy conforme con lo que se predica ni las actividades que se realizan en la iglesia”. Este es un asunto muy serio. Fue primordial en el siglo XVI en el tiempo de la Reforma, cuando vimos la mayor fragmentación de la iglesia visible que haya ocurrido. Después de que los reformadores protestantes rompieron con Roma, surgieron todo tipo de grupos divergentes. Ellos tenían diferentes credos, diferentes confesiones, diferentes formas de gobierno, y diferentes liturgias. Todos ellos afirmaban ser iglesias cristianas, y muchos pretendían ser la única iglesia verdadera. Por lo tanto, la gente de aquel entonces preguntaba: “¿Cómo lo determinamos? ¿Cuáles son las marcas de una auténtica iglesia?”.

Los reformadores lidiaron con esa pregunta, porque Roma no reconocía a las iglesias protestantes como auténticas. Roma decía en el pasado que la

iglesia puede definirse de esta forma: donde está el obispo, allí está la iglesia, y si no hay autorización de un obispo romano, entonces cualquier sociedad que surja no será una iglesia válida. Los reformadores protestantes tomaron una postura distinta al respecto. Ellos intentaron identificar y definir las marcas de una iglesia válida y convinieron en tres características distintivas. Primero, dijeron que una iglesia es una verdadera iglesia cuando se predica el evangelio fielmente. Segundo, una verdadera iglesia es aquella donde se administran correctamente los sacramentos. Tercero, dijeron que una verdadera iglesia practica la auténtica disciplina de su gente. De todos los distintos elementos que conforman una iglesia, estos son tres puntos innegociables que los reformadores señalaron como marcas esenciales de una verdadera iglesia. Analicemos estas marcas en mayor detalle:

1. Donde el evangelio se proclama fielmente. Lo que los reformadores quisieron decir con esto no fue simplemente el anuncio de las buenas nuevas de la muerte y expiación de Jesús, sino más bien la fiel proclamación de las verdades esenciales del cristianismo. Si una iglesia negaba un aspecto esencial de la fe cristiana, esa institución ya no se consideraría una iglesia. El protestantismo histórico no reconocería el mormonismo como una auténtica iglesia cristiana porque la fe mormona ha negado la eterna deidad de Cristo.

2. Donde se administran los sacramentos. Según los reformadores, si no hay sacramentos —la Cena del Señor y el bautismo—, no hay iglesia. Eso se vuelve significativo en la actualidad, porque tenemos grupos para-eclesiásticos como Young Life, Campus Crusade, e InterVarsity que se ocupan diariamente, en distintos ámbitos, en alcanzar a la gente y en el ministerio cristiano. Su llamado es a trabajar a la par con la iglesia. Ligonier Ministries también puede denominarse un ministerio para-eclesiástico. Somos una institución educacional y no somos una iglesia. Ligonier Ministries no administra los sacramentos. No tenemos una membrecía de

iglesia por la cual impartamos disciplina a las personas que forman parte del grupo de beneficiarios de Ligonier. Esa no es nuestra función. Estamos llamados a apoyar a la iglesia en el ámbito educativo, pero nuestro enfoque es muy reducido en ese punto y no pretendemos ser una iglesia. Nadie es miembro de Ligonier en ese sentido. No bautizamos personas ni las hacemos entrar en la iglesia Ligonier, porque no existe tal cosa. La administración de los sacramentos es tarea de la iglesia.

3) Disciplina eclesiástica. A través de la historia de la iglesia hemos visto que la disciplina eclesiástica ha sido un tanto variable. Ha habido épocas pasadas cuando la disciplina eclesiástica se ha manifestado de formas crueles. Durante el siglo XVI, hubo una feroz persecución no solo de la Iglesia Católica Romana contra los protestantes, sino también de protestantes contra católicos. Sabemos que las personas eran sometidas a tortura y todo tipo de castigos como medio de disciplina eclesiástica. Desde nuestra perspectiva en el siglo XXI, esto nos parece cruel, inusual y barbárico. Tal vez lo sea, pero quiero que entendamos lo siguiente: los líderes de la iglesia en el siglo XVI realmente creían en el infierno. Ellos creían que no había peor destino que pudiera sobrevenirle a un ser humano que ser arrojado al infierno. La iglesia realmente creía que era justificable emplear casi cualquier medio necesario para reprender y disciplinar a sus miembros con el fin de librarlos de las fauces del infierno. Si se requería la cámara de tortura, el potro, incluso la amenaza de ser quemado en la hoguera para rescatar a una persona de las fauces del infierno, todo esto se consideraba legítimo. No lo estoy defendiendo, pero estoy tratando de ayudar a entender la mentalidad de las personas del siglo XVI que se tomaban el infierno en serio. Hoy al parecer tenemos una actitud de que no necesitamos disciplinar a las personas en absoluto porque eso no importa. Una causa de esto puede ser que muchas personas no creen en la amenaza del juicio divino.

En la historia de la iglesia, el péndulo tiende a oscilar hacia los extremos en lo que respecta a disciplina. A veces la iglesia se involucra en crudas y severas formas de disciplina. En otros tiempos, la iglesia se caracteriza por una extraordinaria forma de latitudinarismo. Esto es cuando no se impone ninguna disciplina a las personas. Hace algunos años, una de las denominaciones históricas de Estados Unidos tuvo una controversia en la iglesia cuando un grupo de pastores y estudiosos elaboraron un documento en el que redefinían completamente la ética sexual cristiana de un hombre y una mujer para toda la vida en matrimonio. Este informe fue introducido como legislación para la iglesia en medio de mucha oposición de parte de los más ortodoxos. En la asamblea anual de esta denominación ocurrió una confrontación, y cuando se votó, la propuesta fue derrotada.

Pero lo que sucedió después fue quizá más extraño. Aunque la iglesia no adoptó esta particular postura sobre la conducta sexual, tampoco censuró ni disciplinó a los que proponían dicha postura. La iglesia en realidad estaba diciendo: “Esta no es nuestra postura oficial, pero si quieres ser ministro en nuestra denominación, y sostener y enseñar estas cosas, nosotros no haremos nada al respecto”. En ese punto, hubo una falla de la disciplina. Esto sucede todo el tiempo en la iglesia contemporánea.

Esto además plantea una pregunta. Si una iglesia falla de manera significativa en disciplinar a sus miembros respecto a pecados crasos, atroces y flagrantes, ¿sigue siendo una iglesia esa institución? ¿Cuándo se vuelve apóstata la iglesia? Esa no es una pregunta fácil de responder porque en la historia de la iglesia es muy inusual que una institución admita que no cree en la expiación de Cristo o la deidad de Cristo u otra verdad esencial. No siempre está tan claro. A menudo, la iglesia juega livianamente con verdades esenciales de la fe cristiana.

Hay una distinción entre la apostasía *de hecho* y la apostasía *de derecho*,

entre apostasía *material* y *formal*. La apostasía formal es cuando la iglesia niega clara e inequívocamente una verdad esencial de la fe cristiana. La apostasía *de hecho* es apostasía a un nivel material y práctico, donde los credos todavía están intactos pero la iglesia ya no cree en los credos. La iglesia socava los mismísimos credos que afirma creer.

Eso nos conduce a una aplicación práctica. ¿Cuándo debería uno dejar una iglesia e irse a otra? En primer lugar, yo diría que esta no es una decisión que se deba tomar a la ligera. Es un asunto serio. Cuando nos unimos a una iglesia, generalmente lo hacemos con un voto solemne delante de Dios. Desvincularse de un grupo ante el cual uno ha hecho un voto sagrado requiere de un serio razonamiento. Debe estar justificado con serios motivos.

Hoy en día, la gente se cambia de una iglesia a otra sin pensarlo dos veces. Cuando dejamos una iglesia por motivos tontos como el color de la pintura o un comentario ofensivo, no logramos ver la naturaleza sagrada de la iglesia misma.

No deberíamos dejar la iglesia cuando no haya un motivo justo. Debemos respetar nuestro compromiso con una iglesia con el máximo de nuestra capacidad y por tanto tiempo como nos sea posible, a menos que ya no podamos ser nutridos y alimentados como cristianos en ese lugar. Cuando la iglesia es apóstata, un cristiano debe partir. Puede que pienses que deberías quedarte en la iglesia y tratar de trabajar para cambiarla y restaurarla, pero si la iglesia es efectivamente apóstata, no se te permite estar allí. Piensa en la confrontación entre los profetas de Baal y Elías en el Monte Carmelo. Después de que Dios demostrara su poder sobre Baal, ¿te imaginas a alguien diciendo: “Bueno, ahora veo que Jehová es Dios, pero me quedaré aquí en la casa de Baal como luz y sal, y voy a trabajar para intentar reformarla”? Tal cosa no nos está permitida. Si la institución en la que estamos cae en la apostasía, nuestro deber es abandonarla.

Cualquiera que sea la situación, siempre deberíamos poner mucha atención a las marcas de la iglesia. ¿Se predica el evangelio? ¿Se administran los sacramentos apropiadamente? ¿Existe una forma bíblica de gobierno eclesiástico y disciplina? Si estos tres elementos están presentes, no debes irte. Debes trabajar para ser un elemento de edificación en esa parte del cuerpo de Cristo.

En estos capítulos hemos dado un vistazo a la naturaleza y el alcance de la novia de Dios, la iglesia de Jesucristo. Solo cuando entendamos nuestro verdadero propósito la iglesia resplandecerá en toda su belleza. Unidos en la verdad, asidos a la fe apostólica, declararemos y demostraremos, frente a un mundo que nos observa, que nuestro Dios trino es digno de ser adorado y servido. Para nosotros, que somos los llamados del Padre, este es nuestro mayor gozo. Eso es la iglesia: un pueblo que es propiedad de Dios y vive unido para glorificarlo a él.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.